

A propósito de la discoteca Play Boy en Popayán: Una fuga hacia el recuerdo



Guillermo León Martínez Pino
gmartinez@unicauca.edu.co

Ventana sobre el cuerpo

La iglesia dice: El cuerpo es una culpa
La ciencia dice: El cuerpo es una máquina.
La publicidad dice: El cuerpo es un negocio.
El cuerpo dice: Yo soy una fiesta.

Eduardo Galeano

Aclaración necesaria

Este recorrido por el imaginario de un sitio como la Discoteca Play Boy en Popayán, es un viaje imaginario a través de la piel sonora de la música de salsa, que nos ofrece la posibilidad del redescubrimiento a partir de recrear las nostalgias del ayer que se fue. Representa, eso sí, una especie de síntesis del nomadismo juvenil y aventurero; un pretexto tardío de trasegar hacia una especie de autoconciencia Hegeliana que se transforma en una necesaria y efervescente fuga sin fin. Fuga cuyo horizonte, reside en vencer el reto de la inicial impotencia del viajero, cuando éste no posee ruta preestablecida, ni brújula orientadora del camino a trasegar y sus maletas están aún llenas de andrajos y cachivaches difíciles de ordenar. Dejo la salvedad, entonces, que el relato aquí consignado es siempre la búsqueda compulsiva del «Yo», a través de las sonoridades de una música callejera, estereotipada y vagabunda, condensación del exquisito mapa multicolor de nuestra piel quebrada y de nuestro mundo esotérico, irreverente y subversivo.

Un Itinerario Hacia el recuerdo

Sobre las ruinas simbólicas de una ciudad opaca, en los suburbios malolientes donde se inhalan los vapores descompuestos del trajinar cotidiano de una plaza de mercado, yace imponente e incólume la sexagenaria imagen de la tumba del goce; otrora majestuosidad del ritual donde la polifonía humana se daba cita para buscarle el despiste y sacarle el cuerpo al extinguido presente de una ciudad que se esfuma en la tradición hiperbólica de su existencia aristocrática. Corre la década de los 70s. y es allí, en ese lugar, hoy paulatinamente enterrado en el imaginario colectivo, donde

quiero revivir mi recuerdo. Pero de ese enigmático sitio, casi nada subsiste, todo se está extinguiendo; tan solo pervive la vaga visión de mi nocturnidad trashumante y mis noctambuladas obligadas de adolescente, donde me liberaba en pasiones y placeres para rumiar las incertezas y miserias de vida. Ese era el Play Boy, lugar del encuentro y la perdición; del recreo afectuoso de las sensibilidades del alma o del cobro de cuentas de las enemistades del corazón; pero eso sí, lugar al fin y al cabo, del camuflaje sonoro cuidadosamente envuelto en la magia del sabor, juntando deseos que la piel y los labios tocan y las manos en su silencio táctil recuerdan.

Desde el ingreso a ese recinto de sonoridades cadenciosas, se avizora y se ejerce, el control de calidad de los convocados: un hombre robusto, de tez trigueña, fortacho; yace incólume e insensible en la puerta del túnel que conduce al laberinto pagano de la rumba y el placer. Es Tarzán, misterioso y paradójico personaje que como en las historietas, imparte orden y justicia, pero ahora, en la selva imaginaria del desenfrene pasional y frenético de la rumba, el truquito y el sabor.

Una vez agotado el ritual del «derecho de admisión», se adquiere el pasaporte de inmunidad, garantía imponderable y necesaria para ser huésped selecto de la sodomía herética de la salsa; donde la percusión rítmica y el sonido bestial turba y trastorna el orden de la racionalidad mundana; los amores idos y presentes se olvidan por un instante en este nicho convertido en espacio de amnesia colectiva, de alienación quimérica de nuestras deudas del alma —que a decir de Ruben Blades— nunca se acaban de pagar.

Son las sonoridades magicalizadas instrumentalmente en el piano de los Palmieri, Papo Luca, Richi y Ray o Harlow; en el trombón inconfundible de Barry Rogers; en el sabor del montuno hilvanado con un solo de trompeta de chocolate Armenteros; en la voz arrabalera de un Ismael Mirando o de Héctor Lavoe, que recuerdan las turbulencias de un villorrio cualquiera de nuestra América mulata cantada en sus loas por Alejo Carpentier; o la anárquica percusión ordenada de Mongo Santamaría o José Mangual Jr., que al unísono con el etílico embriagador crean la ensoñación rítmica, que da paso a la sensualidad agresiva de la música del barrio —la de ¡quítate tú pa'ponerme yo!— aquella que hace recordar que somos hijos de la riqueza mestiza de esta tierra, untada del color negro que tiñe la música del barrio de caña y melao; que sabe al sol del caribe mulato, a piel curtida por los soles; vitalidad ancestral demarcada en los sonidos de colores que recuerdan los orígenes de nuestros dioses santeros: Obatalá, Yemayá, Babalú aye, San Lázaro, o el cristo negro de Portobelo.

Una vez obnubilados por el golpe de un guaguancó, una guaracha o un son montuno; una pachanga o un boogalo, aparece —entre el pálido fulgor de las luces que abanicán el salón central, en un incesante luminoso pasar y volver a repasar— la figura desgarrada de *Nelson Sevilla*, quien con voz disonante pero no por ello

mágica y misteriosa, invita a los rostros incógnitos a confundirse en el desenfre total de la apabullante noche bohemia, encubridora fiel de la pecaminosa libertad del cuerpo. Allí cerca de la barra y contiguo a la puerta, oscilante como un péndulo se muestra el mosaico voluptuoso de féminas de la calle que asechan sigilosas la invitación generosa de un Juan Pachanga, o en su defecto de un Casanova o un Juan albañil, o quizá el ruborizante encuentro con Pedro Navaja o la brutal compañía de Juanito Alimaña, o porqué no decirlo de un despistado noctámbulo que ha logrado escabullirse de los controles selectivos de Tarzán.

Son los sucesos y palabras, entrecruzadas en un territorio ignoto e indómito de placeres mundanos. Fantasmal geografía hedonista donde se gozan los pecados ajenos y se espían y rumian los propios, escenario donde se cocina el recuerdo y se recrea mi cavilar insólito en esta azotea de cemento de la carrera 17; una calle cualquiera como cualquier otra calle subnormal, de una ciudad subnormal, con una gente subnormal; sin brújula para las búsquedas y sin norte para los encuentros abnegados de las amnesias subliminales del alma.

Una sensación turbulenta siento que me invade intempestivamente; mil pensamientos pugnan mi mente con íntima voluptuosidad —soy humano y también tengo derecho a la contaminación del mundo, el demonio y la carne— pero la revolución me lo prohíbe; ya Vladimir Ilich Lenin, premonitoriamente había sentenciado con rigor bolchevique:

Ni un monje, ni un don Juan, pero tampoco un filisteo alemán como término medio. Usted conocerá al joven camarada XYZ. ¡Magnífico e inteligente muchacho! Temo que a pesar de todo, no saldrá de él nada provechoso. De una historia amorosa cae en otra. Esto no sirve ni para la lucha política ni para la revolución. Tampoco garantizo la firmeza y el temple en la lucha de aquellas mujeres cuyas veleidades amorosas se entrelazan con la política, y de aquellos hombres que se les van los ojos tras cada falda y que se dejan enredar por cada mujercita joven. No, no, esto no concuerda con la revolución. [...] La incontinencia en la vida sexual es burguesa: es un signo de degeneración. El proletariado es una clase ascendente. No necesita de la embriaguez que le enerve o le exite. No necesita ni de la embriaguez de la incontinencia sexual ni la embriaguez alcohólica.

Pero contra toda ideologización exegética de la sensibilidad está primero el ser humano, el que deja de ver el mundo sólo a través de los esquemas que empequeñecen, para mirarlo, principalmente a través del corazón. En mi emergen imágenes nuevas, nunca vistas en la clandestinidad militante; aparecen y se revelan ante mis ojos; también ellas penetran unas dentro de otras, y en torno a esas escenas coreográficas que denotan magia y sabrosura, cada onda de aquel deleitoso sonido viene a estrecharme junto a él como un delicado seno maternal que añoro desde los tiempos idos de mi vida provincial.

Volvamos a la noche que nos ocupa. Ese era Nelson Sevilla, una rara especie de provocador mediático de la «postmodernidad», quien desde su búnquer convoca a degustar las maromas rítmicas de Palmieri, con sus silencios, con sus solos de piano tocados con rigor de bongosero; encontrándose con él mismo, con todos, con el barrio; con el solitario bailarín estridente que no escatima esfuerzos para denotar su presencia y con la campana y el bongó romper el mundo de la mentira social con las fugas de sus ausencias; estereotipada figura encarnada en el famoso «crema»: delicioso nombre que esconde las abulias de un burgués del bajo mundo; o con el exigente y exquisito repasar sigiloso y clásico del baile de Omar Castrillón, abuelo pachanguero de marras, eximio prototipo del espíritu siempre adolescente y de su lúcida senil juventud y, para no dejar por fuera la perspectiva de género, por qué no deleitar el recuerdo con la memoria de las mellizas, doncellas que recuerdan el erotismo voluptuoso del Marqués de Sade, tesoros del mundo subterráneo, accesibles solo a través de la magia fugaz del dinero, negación auténtica de la comunión erótica o, de la Tarzana, *“mujer tatuada por la marca del deseo, arrasadora, sexibora, condensación del encanto y del peligro”*. Este es el imaginario borroso que conservo del Play Boy, imbricación macondiana de los cruces inveterados e irreverentes entre lo popular y lo elitesco.

Eran los tiempos de bilongo, vámonos p’al monte, Baila guaguancó, Muñeca, Lluvia con nieve, La cartera, Café, Conmigo, En cadenas, Óyelo que te conviene, Sí echo pa'lante, Sujétate la lengua, Ajiaco caliente, Azúcar. La época de la «marimba» y los sueños de la revolución, del icono emblemático del *Che Guevara*, de la lucha estudiantil y partidaria del colegio Liceo Nacional Alejandro de Humboldt, Gabriela Mistral, Francisco Antonio de Ulloa, San Agustín; contra las tres Aes: antiimperialista, antioligárquico y antielectorero; el tiempo de la lectura obligada del libro rojo, los tres permanentes, los manuales de Politzer, el quehacer [...] Ese movimiento de jóvenes iconoclastas que conoce las angustias sociales, las encrucijadas de identidad, la tragedia de la vida cotidiana; que no se acomoda, que se propone no conceder valor sino a aquello que le hace poner en juego todas sus potencias.

Es la década de la aventura sin reposo, para no transitar a una muerte sin gloria, es la posibilidad de escapar al cerco de la náusea y el hastío. Allí se forja la abierta aceptación del riesgo, valoración vedada para el hombre sometido a la rutina tenebrosa y acomodaticia. Es una juventud que construyó historia y hoy yace en el cementerio del olvido: Gersaín Tobar (la vaca para la revolución, Garfiel para el bajo mundo), Ariel Tobar, Rodrigo Illera (el cavernoso), Ernesto Arturo, Manuel Ayala, Alfonso Ruiz (el fedallín), Danilo Vivas, Diego Ceballos, Carlos y Lucho Calderón, Miguel Ángel Concha, Gustavo Ferix, Jorge Gómez, Ricardo León Paz (Tololón); Marcos Zambrano y un largo etc.

Pero a la par —apartándonos de la trascendentalidad que nos asecha, como cómplice permanente— es también la época de los derribamientos sacros en una ciudad dormitada y enmohecida en los sueños monásticos de sus glorias pasadas, de la crisis económica de una oligarquía aristocrática de a millón, sumida en la más deplorable feudalización del poder, pero más aún de las ideas. En contraste, en ese otro Popayán emergente y suburbial, es la época del ingreso de la música de sonora matancera, irradiada desde Cali por Raul Palomino y Pepe Valderutén; el sonido de Pancho Cristal, de los sellos Tico y Alegre, y del ya nacido emporio musical de Fania; la época de la «iniciación perversa» de un programa musical: el show de los sábados de Millar Giraldo; quien con su tono altanero, desde la voz de Belalcázar de Todelar, trasgrede las reglas de la semiótica discursiva tradicional, la de las reliquias canónicas de la provincia *patoja* y contra todo preludio de rechazo a una música callejera y vagabunda, irónica; sin ataduras ni cortapisas —*que le canta a las risas y penas, a los momentos malos y de cosas buenas*— inserta las exóticas sonoridades afrocaribes; en este recinto sacramental judeo-cristiano del Ecce Homo, que en el ocaso del siglo XX, acepta las luces perdidas de la agónica y maltrecha modernidad inconclusa.

Yo era como expresé anteriormente, un adolescente provinciano, atravesado por la sensibilidad febril de una orfandad temprana, marcado por las angustias existenciales de un mundo incomprensible y poco amigable; lanzado desde ese vacío a la trashumancia azarosa de la vida, en donde poco importan los afectos, no porque no se quisieran sino porque son compañeros ingratos cuando los horizontes nos empujan a caminar por las orillas. La música en estas circunstancias se constituiría en una tabla de salvación, en un paliativo contra las nostalgias del ayer y los desafectos de hoy; generoso divagar para despistar la aburrición y recrear el embrujo de los sueños de antaño.

El reloj marca las doce y la rumba se halla en todo su estridente esplendor. El tiempo ha pasado desde las ocho de esa noche, cuando en mi divagar pasito, fui convocado casi por una pasión narcótica a hacer presencia ritual en esta arca del hedonismo furtivo de los afectos y amores callejeros, identificados solo por un audaz placer: el de las sonoridades cadenciosas de la salsa y el de un lugar sin tiempo donde la vida arde a fuego lento las alegrías, los sentimientos, las memorias, las nostalgias; pero ante todo arde la fuerza de la alegría de saber que aún seguimos en este complot infernal de la complicidad placentera y sensual de la música que ha poseído mi cuerpo con su maravilloso poder.

Son las doce y media de la noche, *¡qué lentas pasan la horas, en esta furtividad!*, diría Daniel Santos. Son las doce y media de la noche, *¡que fugaces pasan los años y los recuerdos están presentes allí como amigos insensatos!* diría yo, en mi nostálgico atardecer crepuscular, de la jubilosa levedad de mi existencia; nostalgia que me incita a cantar acompañado de la fuerza, la fiereza, la desesperación y la agresividad

de Júnior González, sin desconocer que el final de este viaje, lejos de reportarme la ansiada serenidad, me incita a nuevas fugas, nuevas citas y nuevos alejamientos:

Tengo resuelto el problema
vengo a acabar con las penas,
lo que traigo es cosa buena,
lo que traigo es caridad.

Y todos los santos llegan,
saludando y bailando y
la bendición reciben,
toditos en general.

Caridad, caridad,
para ti mi caridad,
con changó y Ogún
y también Obatalá;
y ahora les voy a explicar,
y dice Cari, cari, caridad

Popayán, junio de 2018